

SANTAMARÍA, Alberto (2018): *En los límites de lo posible. Política, cultura y capitalismo afectivo*, Madrid: Akal, 216 pp.

Podría decirse que con su último libro Alberto Santamaría, profesor de Teoría del Arte en la Universidad de Salamanca, se incorpora a una línea de investigación de creciente actualidad e interés en el ámbito académico, cuyo origen se encuentra en el trabajo sobre la cultura de las emociones en el capitalismo que la socióloga marroquí Eva Illouz lleva desarrollando desde comienzos de este siglo. No obstante, esta afirmación merecería ser doblemente matizada. Por un lado, porque *En los límites de lo posible* (Madrid: Akal, 2018) nace con una clara vocación de trascender las puertas de la Academia, como evidencia el género elegido por el autor, el ensayo, que conjuga el rigor y la generalidad de la teoría con la levedad y la cotidianidad de los ejemplos concretos. Y, por otro, porque esta obra recoge el testigo de los trabajos más recientes de Santamaría¹, marcados ya por una notable preocupación por la imbricación entre lo cultural y lo político, particularmente en el contexto de la actualidad, en el que ambos se expresan bajo las condiciones de aparición que concede el neoliberalismo.

Si bien, como explica Santamaría al comienzo de la obra, el capitalismo no ha sido nunca ajeno a las emociones (recuérdese la importancia que los teóricos del

liberalismo clásico como Adam Smith concedían a la contención afectiva en favor de la estabilidad del sistema), con la imposición exitosa del neoliberalismo en la década de los 80 del siglo pasado “[e]l mundo cultural de los afectos parece haber abandonado ese lugar periférico en el que las formulaciones capitalistas solían situarlo, para tornarse una pieza casi determinante y central de todo proceso destinado al crecimiento económico y a la prosperidad” (p. 18). “Capitalismo afectivo”, el término que utiliza el autor para referirse a este fenómeno, significa que la movilización de las emociones desempeña un papel crucial en la legitimación del neoliberalismo. Dado que los afectos pueden llegar a ser motores de cambio político en relación con un determinado *statu quo* — como señala el autor, la primera parte de la crítica es siempre la indignación—, de lo que se trata en el neoliberalismo es de hacer “política sensible”, de hacer política de lo emocional, con el fin de redirigir las emociones desde lo potencialmente crítico a lo productivamente necesario.

“El neoliberalismo ha hecho descarrilar el tren de los afectos, haciendo acopio de ellos, resituándolos en contextos inverosímiles, a condición, por supuesto, de inhabilitarlos políticamente, de transformarlos en herramientas para la competitividad” (p. 94). Lo propio del capitalismo neoliberal es precisamente, como apunta Santamaría, su capacidad de fagocitar todo posible *afuera* crítico que intente oponérsele, como ocurrió precisamente con los conceptos y consignas de Mayo del 68. Si la crítica sesentaiochista

1 Cf. *Paradojas de lo cool. Arte, literatura y política* (Santander: La Vorágine / Cultura Crítica, 2016); *Arte (es) propaganda. Reflexiones sobre arte e ideología* (Madrid: Capitán Swing, 2016); y *Narración o barbarie. Fragmentos para una lógica de la confusión en tiempos de orden* (Vitoria-Gasteiz: Sans Soleil, 2017).

al burocratizado capitalismo de Estado tenía que ver con su desprecio y aniquilación de la imaginación, la creatividad y los afectos, el neoliberalismo rescatará y resignificará estos conceptos integrándolos en la producción de subjetividades y de relaciones sociales orientadas al aumento del rendimiento económico. Un caso paradigmático de esta transformación neoliberal de los modos de sentir es la experimentada por el concepto de “creatividad”: de motor de la “romantización” por la que apostaba Novalis a finales del XVIII ante la reducción capitalista-ilustrada del mundo a lo medible a través de la razón, la creatividad se ha convertido hoy en el mantra neoliberal por excelencia, el de la “gestión de la propia *empleabilidad*”, que no esconde otra cosa que la responsabilización de los sujetos de la gestión, en realidad, de la precariedad que les es impuesta desde fuera.

Esta reconfiguración de lo sensible que lleva a cabo el neoliberalismo remite a lo que Foucault denomina “política del marco” al referirse a la actuación ejecutada sobre aquello que no es económico pero que posibilita el funcionamiento de lo económico; en este caso, la cultura. “La cultura, entendida [...] como un territorio amplio — escribe Santamaría—, tiene como proyecto gestionar esa política sensible, esos lugares extraños, en ocasiones invisibles, que nos hablan de los límites de lo posible y lo decible” (p. 29). Según esta idea, cultura es aquello que define los *límites de lo posible*, más allá de los cuales la realidad no puede pensarse; es “el relato que da condición de posibilidad a las formas de ver y definir un territorio compartido” (p. 57). De este modo, cuando se dice que, al construir nuevas narraciones afectivas despolitizadas, el “activismo cultural neoliberal” —otro de los conceptos acuñados por el autor en el libro— lleva a cabo una “política sensible”, lo que se quiere decir es que, a través de la

transformación de la cultura, se producen nuevas formas de ver, sentir, desear y hacer que no solo sirven de relato legitimador del neoliberalismo, sino que además impiden la posibilidad de imaginar más allá del horizonte del mismo. “Producir lo social forma parte, en definitiva, de la producción económica” (p. 89).

Precisamente, la gran virtud del neoliberalismo es haber convencido de que no hay alternativas, de que el mercado dicta la única realidad posible. Y, como se ha dicho, dado que los altos, y crecientes, niveles de precarización se presentan como fatales, la responsabilidad recae sobre el modo en que los individuos *gestionan* su situación personal dentro del sistema o, más precisamente, sobre el modo en que la *interpretan*. Lo que el *coaching* empresarial demanda tras su retórica positivizante no es otra cosa que la supresión de las emociones negativas, pues conducen a la crítica y a las enfermedades mentales (como la depresión y el estrés), que se derivan de las cada vez más asfixiantes condiciones laborales y que, además, el propio sistema no puede permitirse (según la OMS, estas tienen un coste anual de entre un 2,4% y un 4% del PIB). Frente a ello, conceptos como el de “inteligencia emocional” (popularizado por Daniel Goleman en los 90, pero uno de los motivos centrales de la investigación empresarial ya desde los 80) promueven alcanzar un “modelo relacional donde los sujetos deben reorientar sus emociones, las cuales no han de verse sino como formas de encajar en la disciplina laboral” (p. 156). La flexibilidad, el control de los impulsos, la tolerancia al estrés, la adaptabilidad y la automotivación son las exigencias emocionales de un sistema que necesita trabajadores “capaces de soportar todo con una sonrisa” (p. 160).

Seguramente, la aportación más valiosa de *En los límites de lo posible* —dentro

del marco de los estudios de la cultura emocional en el capitalismo— sea la idea según la cual en el neoliberalismo lo cultural se convierte en lo que su autor denomina un “sistema de control sensible”, a saber, en el cartógrafo de los contornos a partir de los cuales es diseñada la sensibilidad del momento o, lo que es igual, el modo en que nos es dado experimentar el presente. Como señala Santamaría, esto se logra gracias a la capacidad del capitalismo neoliberal para generar relatos homogéneos, que presentan lo conflictivo e irreconciliable tras el barniz de la integración y el consenso, y que inhiben así toda posibilidad de una exterioridad crítica: “[I] a homogeneización de lo diferente bajo el paraguas de la norma cultural es la forma sutil de su despolitización” (p. 211). Ante

esta situación, el autor reivindica el pensamiento schilleriano de que solo es posible cambiar la cultura desde el interior de la propia cultura; de que es en la cultura desde donde se debe dar la batalla política por la cultura. “La cultura no está en peligro; lo que necesitamos es recuperarla, penetrar en ella hasta lograr generar (reconfigurar) una cultura capaz de cuestionar las formas y límites que en ella se nos dibujan” (p. 212). Producir nuevas formas culturales capaces de impugnar las políticas sensibles sancionadoras del neoliberalismo es la única, que no sencilla, manera de hacer saltar por los aires los límites de lo posible.

María Tocino Rivas
(Universidad de Salamanca)

KRASNOFF, Larry, SÁNCHEZ MADRID, Nuria y SATNE, Paula (eds.) (2018): *Kant's Doctrine of Right in the Twenty-first Century*. Cardiff: University of Wales Press. 245 pp.

La presente obra, editada por Larry Krasnoff, Nuria Sánchez Madrid y Paula Satne, supone una valiosa contribución a los estudios sobre la *Doctrina del derecho* de Kant. El planteamiento kantiano sigue teniendo un peso indiscutible en múltiples pensadores contemporáneos que se acercan a problemas sociales, políticos y jurídicos de nuestro presente. Hacer balance de este calado kantiano en la actualidad es el objetivo de los trabajos que conforman el libro. Como todo acercamiento que se precie, huye del dogmatismo de una lectura única. La variedad de interpretaciones es uno de los mayores aportes de la obra. Es el caso de los artículos en torno a los límites del estado del bienestar y la posibilidad de cambios políticos de Sánchez Madrid y Krasnoff, con posturas divergentes; o,

con una oposición más radical entre sí, los artículos Bernstein y Brockie sobre la posibilidad de sublevación a partir de la *Rechtslehre*.

Macarena Marey inaugura el libro con su trabajo sobre el punto de origen del contrato social. Afirma que, según Kant, una “sólida teoría del Estado solo podría estar basada en un punto inicial puramente jurídico o político” (p. 11). Con ello se aleja de lecturas, pretendidamente kantianas, que sitúan el origen del pacto social en un beneficio empírico del abandono del estado de naturaleza; así como de lecturas morales fundamentadas en una igualdad moral entre los sujetos. Marey resume la propuesta en estas tres preguntas: “¿Cómo son posibles *un mío* y *tuyo exteriores*?” y ‘¿cómo es posible una posesión *meramente*